

LENGUA Y SOCIEDAD.

Cuestión de cojones

Hace tiempo que mi madre no me da la bronca por abusar del lenguaje soez en esta página, y empiezo a preocuparme. O ella envejece y se acostumbra, o estoy perdiendo facultades y volviéndome lingüísticamente correcto. Por fortuna, todavía llegan cartas de algún lector o lectora inasequibles al desaliento, afeándome mi poca vergüenza. E incluso Nacho Iglesias, el baranda de esta barraca, recibe periódicas sugerencias para que en *El Semanal* me echen a la calle de una puta vez. La última es de un señor de Oviedo, por la letra jubilado y por el membrete notario, que me afea el uso, e incluso el abuso, de la palabra *cojones*, e incluso sugiere la posibilidad de que yo saque tanto a colación el asunto por algún trauma personal relacionado con mi propia virilidad o, subraya el amable comunicante, mi ausencia de ella. «*A ver si es maricón*», concluye por si no he captado los circunloquios preliminares.

En fin. Al margen de que yo pueda resultar más o menos maricón, la antedicha carta me viene al pelo para traerles a colación un impreso anónimo que hace tiempo circula por ahí - algún lector ha tenido el detalle de mandármelo-, y que, bajo el título *Riqueza del castellano*, enumera una exhaustiva relación de las diversas acepciones que en nuestra lengua, la de Quevedo y Cervantes, tienen los atributos masculinos. Y me van a perdonar el notario de Oviedo y mi madre, pero no me resisto a glosar el asunto y poner los cojones en su sitio.

Por ejemplo: según confirma con acierto singular el mencionado folleto, el sentido de *cojones* varía según el numeral que lo acompaña. La unidad significa algo caro o costoso (*eso vale un cojón*), dos pueden sugerir arrojo o valentía (*con dos cojones*), tres significar desprecio (*me importa tres cojones*), y un número elevado suele apuntar dificultad extrema (*conseguirlo me costó veinte pares de cojones*). Del mismo modo basta un verbo para darle variedad a los significados. Verbigracia: *tener* puede referirse a valentía (*esa tía tiene cojones*), pero también censura, admiración o sorpresa (*¡tiene cojones!*) o perplejidad (*¡manda cojones!*). Expresión esta última que, en su variante *¡manda huevos!*, hizo recientemente popular, en iplena sesión de las Cortes, mi paisano y compañero de Maristas Federico Trillo.

Siguiendo con los verbos, acompañado de *poner* puede significar reto o aplomo (*puso los cojones encima de la mesa*), y el verbo *tocar* implica molestia, hastío o indiferencia (*me toca los cojones*), vagancia (*se toca los cojones*) e incluso desafío (*anda y tócame los cojones*). El término es también acepción de lentitud (*viene arrastrando los cojones*). Y en cuanto a amenaza, su uso es frecuente (*te voy a volar los cojones*) e incluso se recurre a ello para describir agresión física (*fue y le pateó los cojones*).

Los prefijos y sufijos también son importantes de cojones. Por ejemplo, *a-* significa miedo (*acojonado*), *des-* implica regocijo (*descojonarse*), y *-udo* implica calidad o perfección (*cojonudo*). También las preposiciones matizan lo suyo: *de* alude a éxito (*nos fue de cojones*) o intensidad (*hace un frío de cojones*), *hasta* define ciertos límites (*hasta los cojones*) y *por* alude a intransigencia (*por cojones*). También se recurre a ellos como lugar de origen para definir cierto tipo de actitudes intrínsecamente españolas y como origen de voluntad inapelable (*porque me sale de los cojones*). En cuanto al color, la textura o el tamaño del asunto, los significados son ricos y diversos como la vida misma. Un color violeta define bajas temperaturas (*se me*

LENGUA Y SOCIEDAD.

quedaron los cojones morados de frío). Posición y tamaño son decisivos, tanto para precisar pachorra o tranquilidad (*se pisa los cojones*) como coherencia (*lleva los cojones en su sitio*). Sin que falten referencias cultas o históricas (*tiene los cojones como el caballo de Espartero*).

Así que ya me dirá usted, señor notario. A ver cuándo Shakespeare, o Joyce, o la madre que los parió, en esa jerga onomatopéyica y septentrional que usaban los pastores para llamar a las ovejas, 'y los piratas para repartirse el botín contando con los dedos, fueron capaces de utilizar, con todo su Oxford, la palabra equivalente con tanta variedad, y tanta riqueza, y tanta prosapia como la usa hasta el más analfabeto .de nuestros paisanos. Tres mil años de griego, latín, árabe y castellano respaldan el asunto. Lo que, se mire por donde se mire, es un respaldo lingüístico de cojones.

Arturo PzReverte
El País